



BOSQUE DE PUNTA BALLENA.
(Fotografía Juan Caruso).

Avanzada del bosque de Lussich, hacia el Este, visto desde la loma de la Ballena, con perspectivas de los cerros de Piriápolis, tras la extendida playa de Portezuelo.



Grutas de Punta Ballena. De espaldas, a caballo, don Antonio D. Lussich.

EL ROSTRO ANTIGUO DE PUNTA BALLENA

LA Mitología ubica, generalmente, la morada de los dioses paganos, en algún promontorio elevado, el Monte Olimpo, el Pindo, que sea poco accesible para los mortales. Una mitología vernácula podría asignarles para alojarse, el espolón granítico de Punta Ballena, que serviría también para que, sentada en su vértice, cantara alguna sirena eximida del maleficio de ocasionar naufragios.

Quien se haya internado en aquel escenario que atesora especies forestales de todos los rincones del mundo, exuberante pleamar de frondas, entrelazadas por ese silencio sagrado del que se cuelgan todos los rumores sin lograr romperlo: el roce de las hojas, el crujir del mantillo bajo los pinos, las ramas quebradizas, la cantaderalicia majestad de las copas movidas por la brisa, saben que el Bosque de Punta Ballena es

la utopía realizada por un lobo de mar que se prendó de ese roquedo y, como si fundara una ciudad, llevó familias de árboles para poblarlo e infundirle esa solemnidad de la naturaleza, luchando a la vez contra ésta y contra la opinión del sentido común que veía imposible brotar plantas del erial, y que sin embargo, lo hizo, convirtiendo aquella atalaya de granito, en un predio deslumbrante de vegetación, en el que echaron raíces las más diversas especies de todo clima, y se adaptaron al nuestro en una convivencia fecunda.

El pionero experto en salvatajes marítimos, tuvo el júbilo gozoso de los plantadores; señor de mar y bosque, don Antonio D. Lussich no olvidó su herencia marinera, porque el lomo pétreo bien podría simular también un enorme casco echado, erizado de árboles como mástiles, que alguna geoló-

gica tempestad dejó varado en el paisaje del Este.

Casi todos sabemos cómo es hoy ese monumento vegetal que es Punta Ballena, lujo de belleza en el zigzaguo de nuestra costa atlántica. Pero un puñado de viejas fotografías que constituyen un raro hallazgo, documentan, con valor indudable, el rostro del pasado, cuando aun "la moda" no había descubierto al turismo el camino, y la Ballena dormía su siesta de cetáceo inmóvil bajo el sol de medio siglo atrás.

Las grutas lampiñas se abren como bostezos del animal gigantesco que remeda, y el agua que se arremolina entre las paredes le refresca a borbotones las fauces. En la mano tenemos una fotografía que muestra, de espaldas a un jinete, contemplando una ancha grieta que hiende la muralla pétreo; constituye apenas una mancha en el

panorama; ese jinete, que murió hace años, es don Antonio D. Lussich. La cámara lo fijó observando el paredón adusto que ostenta las anchas cicatrices de la erosión.

Seguimos descubriendo cómo fue el actual edén. Diversas fotos del Bosque dejan palpar la soledad sin trazas de vecindario, soledad que entonces añadía expectativa al mismo, sin dejar predecir su futuro. ¿Dónde está el hombre? Oh, ya vendrá a abrir senderos, a parcelar, a levantar casas, a buscar paz llenando de ruido los huecos sosegados, a descansar fatigándose. Por el momento, el marino que plantó árboles como antes echaba sondas al agua para medir su hondura, sólo se atiene al prodigio de verlos crecer, levantándose de las piedras, alargándose como dedos que se engarfan en los resquicios y las hendiduras, las raíces ansiosas de sobrevivir.



La casa de Lussich, como se la veía en aquella época. En el centro del camino, desnudo de vegetación, acechaba un peligro de víboras.



Un aspecto del Bosque, hace más de cincuenta años. Todavía el hombre no había abierto senderos al turismo, y sólo reinaba el sosiego en el feudo de don Antonio.



El sol poniente reverbera en la Laguna del Sauce y el atardecer cae plácidamente sobre el Bosque de Punta Ballena.

La casa del pionero no tenía todavía en suyo la lujuria de vegetación que le crecieron los años, el domo de árboles caídos a más altos. Pero si en su sangre quedaban rezagos de la inquietud aventurera de sus antepasados viajeros, tuvo en el mundo un universo alzado por su tenacidad, en los símbolos de todos los caminos representados por araucarias de Australia, por encinas de Castilla, por tilos nórdicos, por oscuros pinos calabreses, por robles turcos, por cedros del Líbano, por omes criollísimos, por orquídeas de los trópicos, por árboles de la nieve y por plantas del sol, por toda esa verdadera liga de emanaciones vegetal, donde la fantasía se pierde si se deja conducir por cada árbol a la evocación de la tierra originaria.

Mucho se ha escrito, y bellamente, de la huella de Lussich en su empeño de silvicultor apasionado. Nosotros, sólo queremos recordar el presente a través, no de Punta Ballena como en la actualidad puede verse, sino cómo debió ser en su origen, o a la manera en que nos la enseñan estos viejos cronistas.

Hombre y árbol y piedra, ¡qué tres elementos para erigir ante el oleaje proteico, la aventura de la disciplina y el esfuerzo! Pero el árbol gana a la piedra y al hombre, a éste porque pasa, y a aquélla porque es demasiado permanente; entre ambos examinemos, el árbol puede más que ellos, porque se las arregla para multiplicarse más allá de lo previsto, y a pesar de las raíces, se mueve y anda, arroja semillas en el viento y así se las distribuye por su cuenta, servidor dócil, colabora en la obra, empina sobre el tiempo los troncos recios y esbeltos, y en la aparente flexibilidad del cuerpo que se resquebraja bajo los huracanes, está en pie, acerca, la decisión de lo duradero. Los tejumajes son arboladuras de navíos anclados, que cimbran y bambolean en lo alto, pero sus amarras tensas que los sujetan, son el abrazo de la altura con el nivel del horizonte humano.

Y en el Bosque de Lussich, hace medio siglo, se asistía al nacimiento de un mila-

gro: milagro conseguido por mano de hombre voluntarioso, que se edificó un panorama quimérico y se hizo un feudo propio, entre esos árboles que hoy le velan como centinelas el último reposo, bajo la severa lección de una lápida que no tiene escrito ningún nombre.

Pero, ¿para qué, si su nombre está en todo, si en cada árbol, de la raíz a las hojas, si en el revuelo de los pájaros, si en

la hermosura agreste del escenario, si en el puñado de olas que lame los flancos de la mole pétrea, en todo, perdura su memoria?

Hemos atisbado documentalmente, el rostro olvidado de Punta Ballena, el rostro desconocido. Una de las cosas que constituyen la grandeza de los soñadores, es saber por anticipado que no verán nunca el contorno futuro de sus sueños. Pero, si el sueño sigue viviendo, ¿importa la muerte del hom-

bre? Sí, para el hombre. No, para el sueño.

Acaso, lo mejor de la realidad, es el recuerdo. Y el recuerdo de don Antonio D. Lussich deambula entre los árboles plantados por él, como si de veras hubiera entrado al paraíso sobre la tierra...

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA).



Esta zona selvática, hace pensar en otras latitudes del planeta, mudadas a nuestra costa del Este.



Estos predios arbolados traen a la memoria viejas estampas europeas, y se piensa en un escenario propicio para la muy británica cacería del sorro.

ESTAMOS en setiembre del año 1918. El final de la primera gran conflagración, es decir, el advenimiento de la paz para un mundo convulsionado, le ha traído al Uruguay todo un desastre: bancos que quiebran, exportadores de cargas millonarias que pierden su caudal, estancieros manirroto que ven caer sus campos y haciendas bajo el martillo del rematador... En la campaña hay un gran desánimo. El trabajo escasea...

Cuando Nacianceno vuelve ahora a su rancho, tan deteriorado y petiso (para pasar la puerta hace falta arquearse), la esperanza, como un sabá, le canta en el pecho. Don Lesmes, el bolichero del Paso del Gringo, que estaba allí esperando, agarra al vuelo el estado de ánimo del cliente. Es que este español, con algo de poste de coronilla — resulta duro, bajo y torcido —, conoce bien a los gauchos que sirve y que, si puede, explota.

—Isabela, alegráte: don Germán el de Corrales, hasta que cobremos l'esquila, nos v'a dar fiaó.

Bernaldo de Quirós, de pintar en el Uruguay, como lo hizo en la Pampa, habría apresado este momento de los tres tipos que observamos, incluso el cielo anubarrado. Una china flaca, arrugada precocemente, mansa, inexpresiva, sin más belleza que las trenzas negras como plumaje de cuervo (y ya está dicho que atornasoladas) que le caen por la espalda. Un paisano como cualquiera de los gauchos de 30 a 40 años que parecen salirse del lienzo del cuadro "La Matanza". Y un gringo, el pulpero — retacón y ñato —, cuyo labio superior parece recogido adrede para ostentar la excepcionalidad de unos dientes poderosos de caballo.

La buena noticia que trae Nacianceno no estremece un solo músculo en aquella cara de mujer cansina que enmarcan los cabellos, acaso aceitados, color ala de cuervo. El descarnado cuerpo que consumieron por igual maternidad y miseria, desaparece a poco de llegar su hombre, pues dentro del rancho hay un lloro infantil. El pulpero aprovecha la ausencia de Isabela para decir, no sin cierta prosopopeya:

—Antes que el bolichero de Corrales, fue mi pulpería la que le abrió cuenta a ustedes. De modo que cada comercio cobrará a su turno.

Nacianceno siente complacencia en inquietar ahora al "gayego", por lo que prorrumpo con un seco:

—¡Asigún!

Da dos chupadas al pucho el criollo y se queda mirando al cielo con un airecito intrigante y burlón. Después, como si se compadeciera de la tribulación que ya está invadiendo al otro, afirma digno:

—¡Voy a pagarle a tuitos! Un crioyo e' lay no anda con embrollos en teniendo plata.

Cualquier diplomático novel aprendería ceremonia copiando el gesto cortesano, absolutamente ibero, de don Lesmes:

—¡Lo reconozco, amigo! Siempre he dicho que usted es un hombre de honor.

Pero al carácter del gaucho, con su fondo huraño y selvático, le molestan las lisonjas pulidas.

—Mire don — se franquea —: usted cuando vende es uno; pero cuando tiene que cobrar es pura zalamería. No me venga con sus políticas, porque entonces no le pago, ¿entiende?...

Y don Lesmes, en su fuero interno, se admira de esa altivez desconcertante, dura y recia del gaucho, sin sospechar, en su crasa ignorancia, que ese empaque lo ha heredado de "fidalgos" castellanos, a los que él, hijo de sumisos braceros de la blanda Asturias, muy poco se parece.

Monta en su desvencijada "araña, de la que tira una cachazuda yegua tordilla, más empulpada por lerdia que por bien mantenida, y se va.

Se va pensando en que tiene que permanecer expectante, en tanto se desarrolla la esquila. Vendrá de tiempo en tiempo — aunque lo acojan con desaires y burlas —, no sea que Nacianceno, como buen criollo, tire la plata ganada en la esquila con tantos sudores.

—¡Estos gauchos!... ¡Estos gauchos!... — rezonga, hasta que llega al Cebollatí, allí donde tiene el boliche.

Mientras tanto, Isabela ha atendido a su hombre. Lo que es inquietud en el comerciante, ya con bolsa bien repleta, en el esquilador, mal comido, "pelao", es placidez, avenimiento con la vida. No sabe por qué, pero sentarse a ver la caída del sol mientras le ceba mate la china, es cosa que lo hace siempre feliz.

Isabela entrega luego al hombre la caldera y se pone a tender en el alambrado unas vieiras que poco antes le lavó a los muchachos. Así se las blanqueará una luna



TIEMPO DE ESQUILA

grandota que ayer navegaba por el cielo, como el bote de salvar animales por los bañados, en tiempos de creciente.

Unidos por la cadena con que la miseria prendió sus vidas, Nacianceno e Isabela se quieren y manejan casi sin palabras, como se entienden los horneros en sus casitas de barro.

—¿Y'ende cuando voy a poder sacar algo el boliche de don Germán? — pregunta la mujer con aire feble, desgano, que acusa su debilidad.

—Ende mañana. No me dio l'azucar y fariña ahurita mesmo porque precisa poner libreta — explica el hombre.

En el rancho llora de nuevo el guri. Y la china pingosa, de batón celeste desvaído, descalza, sacudiendo la gala de sus lustras trenzas negras, se va para adentro. Pone un chupete, "zaino" de puro viejo, entre los labios del mocoso, y sale de nuevo.

—¿Y los grandes? — pregunta Nacianceno.

—Tarán por yegar. Lo pasaron pastoreando los lechones en el avenal e l'esancia. Ta enfermo el capataz y los picnes de tardécita ni recorren.

—¡Ta güeno!

El gaucho sorbe su mate parsimonioso, lleno de dignidad, como quien estuviera cumpliendo un rito ancestral.

Ha oscurecido mucho cuando llegan los muchachos.

—La bendición, tatita.

El hombre roza con los gruesos dedos callosos aquellas cabezas que se inclinan y

las pobres manos que se alzaron para implorar en una forma establecida e ingenua. Murmura Nacianceno tres veces:

—¡Dios l'haga un santo!

A la niña mayor que tiene diez años y enseña sus carnes tostadas por entre las desgarraduras del vestido, la convida con mate. A los muchachitos los aleja discreto:

—Vayan que les de su mama los caramelos que le manda la comadre.

Cuando se van los dos gurises, Nacianceno grave, ahora ya un poco sombrío, inquiere:

—Y diga, m'hija: ¿no los vido naides?

La criatura, que es movediza y precoz, inteligente, se le ríe:

—Cuando vino p'al boliche el piñón e la estancia, ya teníamos nojotro los lechones en la calle. Taban barrigoncitos.

—¡Ta güeno!

Y el hombre, lento y digno con su mate, sentado como en un trono en un cajón vacío de sarnifugo, se pone más gozoso porque el sol ha caído de pronto, como una pelota de fuego.

—Pa mi gusto — se dice — este sol tan colorao es so'pe seca. Siquiera el tiempo s'asiente y haiga trabajo pa todos.

La sequía, bien se sabe, es trabajo continuo en época de esquila.

Nacianceno se ha quitado el sombrero y le han caído por las sienes, como las alas de un tordo abatido, las crenchas de su melena lacia. Azulean de negras. Ahora no ve a la hija, ni al rancho, ni nada. Sueña despierto. Si le va bien este año "metiendo

tijera", va a comprar unas caravanas con piedras de color para su china. Y mucha "tela florida" para vestir a los gurises que viven desnuditos.

—La compañera es güena — se dice enternecido.

Ahora es el recordar. Era moza linda Isabela antes de tener aquella fiebre "bárbara" que casi la mata. (La fiebre puerperal). A los quince años Isabela tenía la boca como una flor de sucará. Y nadie le ganaba a bailar pericones. Se "rejunaron" Pasaron trabajos y hambres. Vinieron los hijos... Entonces, por ellos, cuando se sucedían las lluvias, en tiempo de miseria, rondó potreros de estancias y, cuando el hambre más apretaba, se vino al rancho con una oveja. ¡Qué de angustias luego para esconder la carne! Y enterraba cuidadosamente el cuero, no fuera que la policía se apareciera para "dar registro".

Plena esquila. El escenario es un galpón de estancia, con piso de tierra y techo de zinc acanalado. Duros horcones de lapacho, o acaso de ñandubay (pueden ser antiguos), hacen de columnas. Se dijera que arde el aire, lleno como de puntitos luminosos afuera, bajo el sol de fuego. Veinte, veinticinco, treinta animales, yacen en la tierra apisonada, todos maneados, en fila, en medio del galpón. Y se ve jadear aquellos cuerpos, cubiertos de espesa lana, en tanto las cabezas se alzan de rato en rato, para que

UNA LANZA POR ANGEL FALCO

CONFESAMOS que la actualidad del tema nos la proporciona el Gobierno, al pagar una pensión vitalicia al escritor e historiador Zum Felde. El hecho no es inusual. Ni solamente de entrecasa. Ya desde hace tiempo los Estados tienen que ir obsequiando a los Mecenas antiguos, rindiéndoles un tributo al talento, al par que cuidando el destino futuro de las obras que corren el riesgo de perderse en el tráfico notarial de testamentos, herencias y de los derechos de autor. El reconocimiento oficial a ese valor de la obra literaria nos obliga a mirar alrededor, como haciendo inventario de los valores que se encuentran en el mismo trance. En la vuelta de la esquina encontramos a Angel Falco, con su melena blanca desmenuzada bajo el ala del sombrero mosquetero. Sabemos que Falco tiene desde hace treinta años un montón de obras inéditas, exactamente, ciento cuarenta— acaso lo mejor de su literatura, de esa nueva poesía que le sacudió los nervios luego de haberse exiliado del "Polo Bamba" y del Uruguay provincial de principios de siglo, y de haberse oreado el espíritu en los anchos caminos del mundo.

Angel Falco. El autor de los "Cantos Rodados" editados infinitas veces, símbolo de un tiempo concreto, está ahí, entre nosotros, escudriñando tras los gruesos cristales de sus lentes el torbellino que circula por 18 de Julio. Es un poeta dividido en dos mundos: la primera le dio fama y celebridad, ingreso en el Parnaso de las Antologías, un profesorado "honoris causa" en la Universidad de Michoacán. La segunda es inédita, encerrada en un armario, convertida en caligrafía sobre papeles amarillos, a pesar de que ella condensa el pensamiento remansado y equilibrado del hombre y del poeta en el camino de regreso, cuando ya se había quietado en él la fiebre de andar y ver, cuando el ímpetu casi anarquista de corcel que galopa a paso de carga se había suavizado trasmutándose en elegía trovadoresca.

Falco sincronizó con sus poemas aquel tiempo montevideano de hace cincuenta años. Es una página palpitante de la bohemia, las inquietudes cívicas y el hervidero polémico de nuestra aldea grande de aquel ayer. La melena de Falco se encrespaba entonces y la palabra le subía a la boca tonante y trenante, hecha verso fogoso, "clarín de cuartel", como diría Vasseur después de acusarle de que estaba tocando los "Cantos augurales" con fanfarria bélica y arrogancia castrense.

Aquella fue la hora grande de Angel Falco. La plenitud. Pisaba la calle como si se paseara sobre zancos o sobre andas. Miraba despidiendo de los ojos un fuego de iluminismo, que arrastraba a la acción enérgica. Era como si prolongase en los versos cierta candencia de su época de Capitán de Guardias Nacionales, pero imbuyendo a la civilidad un sentido de acción, de rapidez, una ejecutividad un tanto agresiva. El último recodo de aquella época — bastante después de que los tranvías se detuvieran en la esquina porque el verbo de Angel Falco estaba suelto a torrentes en un café de la plaza — fue en México, cuando un generalito le dijo señalándole la pistola que abultaba en su cinto: "¿Usted es de armas llevar, señor Cónsul?", a lo que el poeta respondió: "Pues hasta ahí no más, porque más bien soy de armas usar".

Pero es entonces cuando empieza el camino de regreso. Empieza a dejar la acción para pasar a la meditación. Es otra plenitud envuelta en serenidad. Se va agazapando en una suave ironía, a través de sagaces observaciones. Resulta curioso advertir la evolución de este anarquista libertario al que pintaban con una bomba en cada mano. Es una evolución-humanización. Se le insinúa en el espíritu cuando va como Cónsul uruguayo a Italia y el viejo viento de la vieja Europa le pule las aristas, le afina las esquinas del temperamento, la recorta las guías mosquetileras del bigote, le lima la soberbia y la arrogancia, que eran,

en definitiva, el toque de carga de caballería de sus versos.

Luego redescubre a América, ya revestido con esa filosofía de la contemplación de los antiguos mundos y vientos europeos. Y se encuentra al indio, al que llama "el hermano de bronce". Se ha detenido Angel Falco. Ha columbrado un acento nuevo para su lírica. Empieza a vivir la segunda parte, esa que ahora se amontona en un armario: ciento cuarenta libros sin imprimir, esperando el Mecenas, el Estado, el milagro que saque la caligrafía de los papeles amarillos donde podría quedarse y convertirse en momia. Por eso cuando vuelve al Uruguay, aunque viene diciendo "Yo envejecí, ciertamente... ¡pero mis flores no; mis versos no!" es que sabe que trae un bagaje eternizado en esa letra nerviosa, que parece escrita a la luz de un velón antiguo, por una péñola mojada en sangre del Tajo, junto a la imperial Toledo.

La gente está cruzando ahora distraída junto a Angel Falco. Medio siglo antes, eso le hubiera bastado para llevarse a la sien el revólver. Esta vez ya no le hacen daño. Aguarda, sereno, una hora inédita para sus versos inéditos. De vez en vez abre el estante y recorre con la mano el lomo de las ciento y tantas carpetas, donde está lo mejor de su espíritu, los cánticos del trovador de un tiempo distinto, la obra que dejará en la penumbra aquel clamor fulgurante de los "Cantos Rojos".

Alguien tiene que moverse para que esa obra de Angel Falco salga a luz. Alguien y pronto. Porque es una especie de crimen de lesa poesía cruzar cada tarde junto a esos papeles y saber que cada vez están más amarillos. Como dijo Agustín Puértolas de la obra de Angel Falco: "Es necesario que esta expresión de América salga al encuentro de los vientos, furiosos y sin norte, de esta época". Es necesario porque los versos de Falco son la expresión del equilibrio después de la tempestad. Son la brújula centrada. Son el remanso espiritual



En uno de los rincones de su casa, lleno de recuerdos mexicanos, Angel Falco conversa con el cronista.

—el legado más transmisible a los demás— de aquel hombre que también supo ser en su tiempo el poeta febril de las madrugadas y los gritos anárquicos, de las aventuras y de los duelos.

Aquel poeta que hace cincuenta años era el ascua que erguía su figura arrogante, "de asta bandera", envuelto en su capa, y que ahora escudriña impávido desde el revés de los cristales gruesos de sus gafas, el paso de las gentes —compatriotas, Mecenas, gobernantes— que jamás debieran ignorarle.

Victor GUTIERREZ SALMADOR.

(Especial para EL DIA).

miren de un modo dulce los claros ojos estupefactos y puedan expeler las bocas el aire de fuego que les va a las entrañas.

A ambos lados trabajan los esquiladores semidesnudos, en cucullilla, teniendo entre las duras piernas aquellos sufridos rumiantes a los cuales se está arrebatando su preciado vellón. Oprimidas por recias manos, ágiles e incansables, las tijeras cantan sonoras, como en un monorrítmico himno, entonado al trabajo.

La lana se desprende en hacecillos sedosos que no llegan a disgregarse entre sí, de tal modo, que es posible llevar el vellón entero, hecho una bola ya, a la mesa donde el capataz de la comparsa clasifica la lana.

—¡Una lata! — exige el "tijera" que ha entregado vellón al atador.

Y el capataz de la estancia, que fuma despaciosamente, de la diestra una bolsa grasienta, extrae las fichas de metal que cambiará el patrón por billetes, cuando la esquila termine. (En esta sazón, cada lata entregada, o sea la esquila de una oveja, representa cuatro centésimos).

La grasa de la lana se adhiere en los brazos de los hombres, en los pies, en las pantorrillas, en los chiripaos de arpillera y en los largos calzoncillos rameados. En carnes y trapos, tierra y excrementos forman como un barniz verdoso y hediondo, difícil de sacar.

Hay en el galpón ese olor acre y picante que domina donde quiera que se hacinen ovejas. De un tirante del galpón pende larga bolsa, la misma que se va colmando con los vellones atados. Cuando está llena se le pone "tapa", o sea la cubierta, también de arpillera, y se recoge, dejando en los extremos una especie de bolas (las "orejas"), que hacen fácil la conducción, pues constituyen cómodas agarraderas.

Los esquiladores tararean y silban de continuo. Alguno hasta deja oír una letra de canción, todo puerilidad:

Yo soy como la perdiz
que vive en la alta el cerro

Los animales van escapando de manos de los "tijeras" a medida que quedan con el rosado cuerpo descubierto. Algunos sangrando por seis, por ocho, por diez puntos. Ciertos lomos de ovejas gordas, lomos rosados y sedosos, semejan grávido vientres de mu-

jeres rubias. Marcados con pintura, los animales son echados al corral, donde, jadeando siempre, se rascan febriles con el largo hocico las dolorosas picaduras de la sarna, vulneradas por las tijeras muchas de aquellas, por lo que adquirieron aspecto de llagas estrujadas, sangrantes...

Nacianceno es el esquilador perfecto. Apenas si hay algún corte en ovejas o capones que salgan de sus manos. Mueve su tijera sin precipitación, pero de un modo tesorero y rendidor, casi heroico, sin que en el rostro del hombre, ancho y fuerte, aparezca el fastidio que se enseña en la cara de varios de sus compañeros. El sudor del precepto bíblico le corre copioso, no sólo por la frente, sino por todo el cuerpo.

—¡Al fin hallo un hombre delicado que no se apura ni tajea! — elogió ya el primer día el dueño de "Los Sauces", propietario de dos campos más y que estuvo aquí de paso.

La apreciación, comentada en la rueda del mate, le enajena a Nacianceno la simpatía de los compañeros, que, desde el primer momento —no importa a costa de cuántos cortes— apuraron su labor en el afán de obtener el mayor número de lanas posible al fin de cada jornada. "Adulonearía" llama el gaucha siempre al afán de complacer a quien tiene autoridad o da la paga.

A los cuatro o cinco días Nacianceno ve bien que los otros esquiladores le "juegan feo". Se las arreglan de modo que a él le toquen los animales más difíciles. Su tijera se desafiló y mella entre las duras costras de la sarna. Y entre secarse el sudor y afilar, resulta que van ya dos días que no alcanza a sacarse ocho reales por jornada. Los otros se pasan cruzándose miradas mientras Nacianceno anda afila que te afila las hojas de la tijera.

—¡Más antes me pongo de agarrador! — se dice.

Y se ofreció para agarrador al capataz, viendo que el pardo que hacía tal trabajo no daba abasto en cuanto empezaron a manearse los capones Romney, que tenían peso no inferior a los 80 kilos. ¡Cómo su-ó aquella tarde, cargando los pesados bichos en los bretes, calcinados éstos por el sol. Luego había que tumbar los capones en el galpón, cuyo techo de lata parecía estar

cubierto de brasas por el calor que esparcía. Con peludas guascas, los agarradores ataban en cruz las "cañas" de las manos y la pata izquierda de cada capón u oveja. Nacianceno hacía un trabajo tan sin pausa, que un esquilador avieso, pelirrojo y pica-ó de viruelas, se le burló, observando que no se detenía ni siquiera para hacer un cigarro: —¡No sea angurriente, compañero!... Usted se lo carga todo. Deje algo pa'el partido.

Pero Nacianceno, ardientes las fauces, que no le refrescaban ya ni el agua del pozo, pensaba en su rancho, en su china, en los gurises...

—¡Cuando vuelva voy a descansar que v'a dar gusto! — se prometía, lleno de esperanza.

Y seguía echándose al hombro dolorido los pesados capones.

Esa noche, al acostarse, le dolió la cintura "qu'era un disparate". Pero no quiso decir nada, seguro que los esquiladores lo iban a "chocar". Antes de que aclarase el día, los otros ya estaban recogiendo el basto y los cojinillos con que habían hecho cama. Nacianceno los imitó, por más que se sintió rendido. Pero al intentar levantarse notó una "puntada" fea. Era en la ingle. Algo así como si en ese momento se le clavara un alfiler grande.

Y, ya en pie, al tocar con el dedo, notó un bultito del tamaño de un huevo de cachila.

Varias horas después, enardecido con la lidia —machazos los capones!— se olvidaba del achaque. Por suerte no traían del campo más animales grandes, y eran unas ovejitas merino, muy livianas, arugadas y tapadas de sarna, las que los peones de la estancia venían arreando para el corral.

Alegrándose por lo que iban a rabiar los esquiladores con las arrugas y las costras de aquellos laneros, Nacianceno balbuceó: —¡Pa mí lo más feo ha pasado ya!

Pero al alzar un pesado carnero que había quedado en el brete, el dolor de la ingle recrudeció tan agudo, que no parecía sino que era ya, no un alfiler grandote, sino que la hoja de un cuchillo "finito" (mejor una hoja de puñal, lo que entraba en su carne.

—¡Cosa fea esta puntada! — escupió.

Y al palparse la ingle, por encima de la arpillera que le servía de chiripá, lo que le pareció huevito de cachila era un huevo grande, como de pava. Quiso hacer otro esfuerzo y se quedó materialmente doblado, mientras una palidez intensa se apoderaba de sus mejillas, que con la orla de la barba crecida, parecían las de un Cristo criollo. Y para acentuar este rasgo místico, los ojos se le empezaron a hundir fulgentes y sombríos. Desde hacía varias horas, algo invisible le estaba quemando las sienes...

—¡La cosa se pone fea! No me gusta nadita esto — le dijo al capataz. Maliceo que v'a tener que dir pa casa con lo poco que yevo ganado.

Sintió más angustia a poco. Ahora le ardía toda la cara y, por el fuego, pensó que debía tenerla muy colorada.

—¿Y'esto que podrá ser, don Julio?

—Y... — trató de calmarlo pavoriento el capataz de "Los Sauces". Algún tendón, no?... A veces se machucan. O se enriedan. Y alguna vez se ruempen. ¿No ha visto las cuerdas e la guitarra, mesmo?

Pero al volver al galpón, el encargado de la estancia le dijo al capataz de la comparsa, el mismo que contratara a Nacianceno:

—¡Pa mí ta claro! Ese esquilador tan macanudo que me trajo, pobrecito, ta quebrao. Mejor que lo lleven a su casa en mi sulke.

No fue posible, dada la fuerza de los dolores. Le pusieron una vaina de cuchillo entre los dientes, que rechinaban. Esa noche se revolcó, aullando como un perro que está herido de muerte. La hernia se había estrangulado. Y en su delirio postrero, cuando por el oriente brillaban ya las barras del día, Nacianceno, agitado como un epiléptico, veía las ovejitas arrugadas, con sus anchas costras de sarna, y se reía por lo que iban a rabiar los otros esquiladores.

La muerte se lo llevó desvariando con su rancho. Esta fue la última frase que le oyeron:

—¡Pa mí lo más feo ha pasado ya!

Vicente A. SALAVERRI

(Especial para EL DIA)



monia." C. Brandi. Teoría del Restauro. Roma 1953.

NO ha mucho tiempo en estas mismas páginas nos ocupábamos de la negligencia con que son suprimidos, o son alterados, nuestros pocos monumentos de arte e historia. Y nos expresábamos con palabras un tanto tajantes y nos entristecíamos con dolor e impotencia ante la obra que realizan las que llamábamos manos profanadoras.

Hoy, a aquellas mismas expresiones, a aquel mismo dolor, debemos agregar el de la vergüenza. Vergüenza de ver que nuestra pretendida cultura no ha alcanzado ni siquiera el bajo nivel que hace apanar a despecho de modas e incidencias, los propios objetos que constituyen el tesoro ya venal, ya de arte, ya de historia de la colectividad.

Entre estos hechos hay uno que irrita y clama contención: es el que acabamos de ver consumado sin que nadie haya alzado la mano para impedirlo. Nos referimos al cumplimiento del acto incalificable por el cual se borró la honrosísima pátina — bellísima — que recubría el monumento al Dr. Francisco Soca levantado en el parque José Batlle y Ordoñez de nuestra ciudad.

Este monumento construido en 1931 según un modelo del gran escultor francés Antonio Bourdelle (1861-1929), habíase cubierto con los años de una pátina verde que confería gran dignidad y singular calidad plástica a su borce, hermoseando y haciendo olvidar las debilidades que sin duda han de existir entre el modelo y el monumento acabado.

La pátina del monumento a Soca había alcanzado tan afinado deleite que a ella podía aplicarse la comparación que Picard hace, en su enjundioso estudio de la escultura griega, entre la que cubre los bronceos helénicos y aquel doble aspecto de lisura

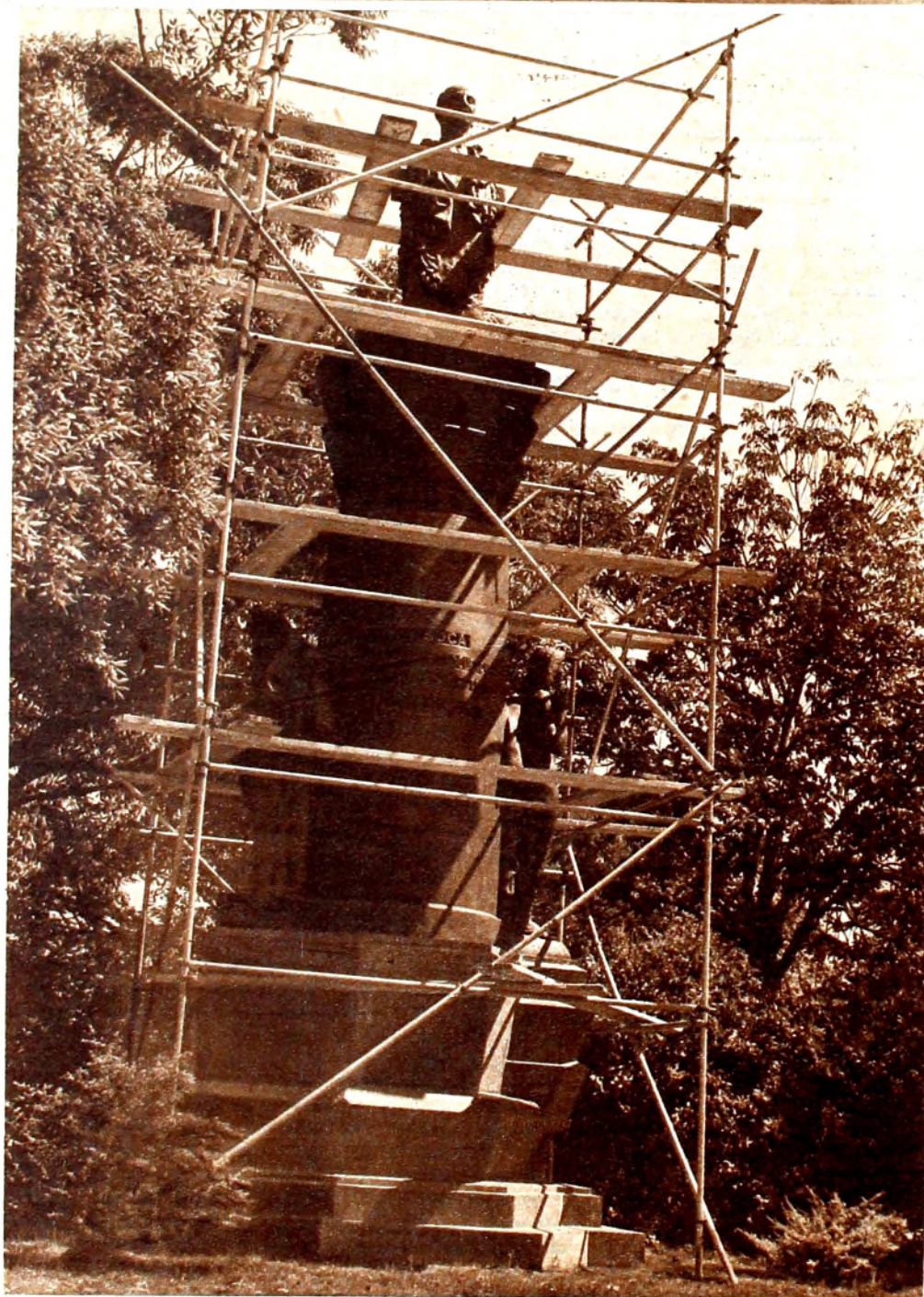
Los cuatro grandes inventores que meditan en las serlianas de Andreoni se vieron también molestados por el afán "conservador" y "refrescador" de estatuas. Aquí vemos a Papin y a Watt.

PIEDAD POR LAS ESTATUAS LA VERDE POESIA QUE NOSOTROS EXECRAMOS

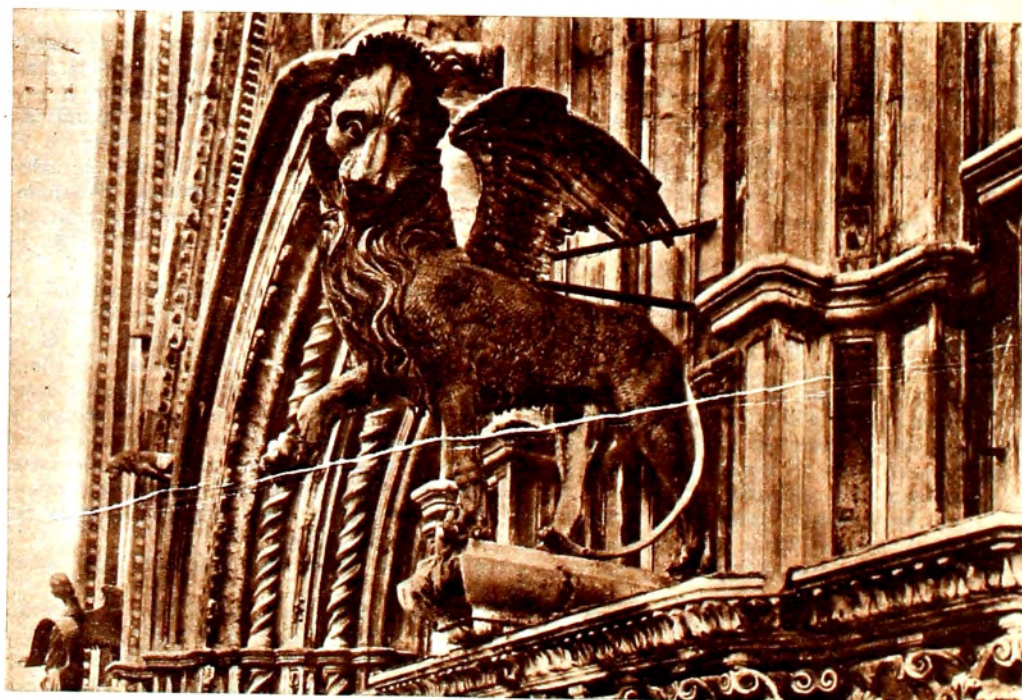
"Debemos reconocer que es un modo de falsificar la Historia cuando a los testimonios históricos se les priva de su propia antigüedad, es decir, se constriñe a la materia a recobrar una frescura, una labra tan neta, una evidencia tal de la misma que se contrapona a la antigüedad que testi-

y aterciopelado que presentan algunas plantas acuáticas. (C. Picard: "Manuel d'Archéologie Grecque", París 1935).

Muchos bronceos griegos, desgraciadamente, también han perdido su bella pátina por la limpieza a que se les ha sometido. Y en algunos casos sólo se usó para ello la inocente parafina. El Efebo de Citerea está



El monumento al Dr. Soca en el parque José Batlle y Ordoñez, rodeado de andamios mientras es desposeído de su esplendente pátina. Los griegos llamaban a la pátina GANOSIS, que quiere decir esplendor.



En el frente del Duomo de Orvieto, sobre la silenciosa plaza, cuatro figuras de bronce se adelantan vestidas de bellísimo verdor. Esta, una de esas cuatro figuras, representa al Evangelista San Marco y es del año 1329.



En las catacumbas también se han patinado de verde los testimonios de los primeros siglos del cristianismo como esta lámpara en forma de nave.



Desde el siglo segundo de nuestra era cabalga en magnífico corcel el emperador Marco Aurelio. El alternar las partes que aún conservan el dorado original con el verde de la pátina del bronce le da singular sugestión que se suma a la que viene de la estatua misma y del marco que para ella creara Miguel Ángel al construir la plaza del Capitolio de Roma en cuyo centro se alza desde el año 1538.

Están cayendo bajo las manos que mueven la misma obsesión — con el planteamiento de otros problemas, desde luego — las graciosas y respetables estatuas que adornan el frente de la Estación Central del Ferrocarril (Estación Gral. Artigas).

¿A quién le tocará después?

Luis BAUSERO

(Especial para EL DIA)

entre los que han sido desposeídos y el Atrio de Delfos entre los que la conservan.

La pátina de las obras de arte y en especial de las esculturas, ha merecido en todas las épocas la atención de los amantes y cultores de las Bellas Artes. Viruvio, Plinio, Plutarco y Pausanias nos trasmandan la importancia que el problema tenía en la antigüedad clásica; Vasari en el Renacimiento. Heuzey, Casson, Reeman, Kirby y Brandi en los tiempos actuales examinan el problema desde diversos puntos de la técnica, la filología y la estética.

La pátina puede encontrarse en la obra de arte por un trabajo adventicio, es decir querido por el artista para su obra reciente, o ser el resultado de un proceso patológico sufrido por la materia: el "aerugo nobilis" de Horacio. En el primer caso, ni estéticamente ni históricamente, debe tocarse; en el segundo ella documenta el traspaso a través del tiempo de la obra de arte: es documento histórico y debe ser respetado.

No se trata, digámoslo de inmediato, de la conservación pura y lisa de la pátina por la pátina, ya que ella sin su relación con la obra de arte no tendría razón de ser dicha preservación.

La pátina patológica, aquella creada en el tiempo — prevista o no por el artista — ¿debe también conservarse como problema estético? La pátina en éste como en el primer caso, está tan ligada a la vida misma de la obra de arte, está tan intrínsecamente unida a la misma, su alianza y dependencia con ella es tan cabal, que el problema se confunde con el objeto mismo.

La pátina, dice C. Brandi, es aquella imperceptible sordina puesta a la materia por la cual ésta se ve obligada en el seno de la imagen a conservar su modesto rango de portadora o transmisora de la obra de arte, pero no obra de arte en sí; es decir que la materia no debe tener la precedencia sobre la imagen, por eso cuando se esconde tras la pátina adquiere ésta un sentido estético que debe ser respetado. De ahí las dos razones, histórica y estética, por las cuales la pátina no debe ser arrasada.

Es lamentable, lo repetimos, que ese deseo o manía de limpiar estatuas y monumentos (El gauchito, Bruno M. de Zabala) haya privado de la sublime poesía que la pátina confería al monumento a Soca.



Los gráciles adolescentes dibujados por Giacomo della Porta y modelados por Landini, acentúan la morbidez del desnudo con la pátina que sobre ellos comenzara a crecer desde el Renacimiento. (Fuente de las tortugas, Roma).

VERBENA BAJO



CRISTINA LAGORIO es "la Casta" y sabe ingeniárselas para cantar sus cuplets con gracia y brío.

LA noche platense abre su sombrilla de estrellas sobre el Teatro Municipal de Verano del Parque Rivera, que es sin duda una de las zonas arboladas más espléndidas con que cuentan los habitantes de Montevideo, para pasar el asueto de sus días festivos.

Estas noches, en ese escenario al aire libre, el estío encuentra uno de sus motivos de afluencias populares en la representación de la vieja zarzuela "La verbena de la Paloma", sainete lírico en un acto, tres cuadros y en prosa, original de don Ricardo de la Vega y con música del maestro Tomás Bretón.

Este espectáculo organizado por la Comisión de Teatros Municipales, que dirige-

ron Emilio Acevedo Solano y los maestros Juan Protasi y Eric Simón, cuenta con la colaboración de un numeroso elenco de cantantes nacionales, de intérpretes de la Comedia Nacional y Escuelas Municipales de Arte Dramático y de Arte Coral.

Un párrafo para este escenario que parece suspendido bajo la sombra de los grandes árboles. La luz de la luna le descubre tintas ignoradas. Con el jefe de luminotecnia colabora el veleidoso satélite, que arroja rayos oblicuos de colores vivísimos, pinta sus monstruos, sus peces alados, que vuelan entre la susurrante marea de las frondas plateadas.

Ese escenario natural siempre me ha pa-

recido de una belleza sin par. No tiene por cierto ese alarde barroco de teatro cerrado, ni se le ven los mecanismos de tramo-ya al desnudo, que tanto atentan a veces contra el libre vagabundeo de la imaginación del espectador.

Aquí todo es abierto, anchuroso, con los cortinados de aire transparente, colgados de los altos pinos, y una luna redonda, tan grande y brillante como una jofaina de cobre olvidada tal vez en el cielo, por alguna gitana. Como en una visión panorámica o de cinemascopio, el escenario se prolonga por muchos centenares de metros en un abanico oscuro de pinos que se abren, que operan a voluntad. Se sienten los violines, un organito encantado. Y la música sube del escenario a los cielos. Es una música popular y retozona de la que el maestro Juan Protasi y los integrantes de la Orquesta de AUDEM han sabido desentrañar el alma popular de aquel Madrid de 1900 que don Tomás Bretón compuso para gloria y solaz de todos los consumidores de zarzuela en el mundo.

La versión de esta Verbena de la Paloma ha dado bastante que hablar a los críticos por la independencia con que Acevedo Solano encaró su puesta en el escenario y el aditamento musical de "La revoltosa" con que enriqueció líricamente el espectáculo. Se le ha reprochado esa actitud. El director a su vez la ha justificado con las siguientes palabras: "Para mayor deleite del público y más ocasiones de lucimiento para los cantantes y la orquesta, la Dirección General resolvió incluir en el tercer cuadro de "La verbena de la Paloma" el preludeo y el dúo de "La Revoltosa", de Ruperto Chapi. El arbitrio, convencional como lo es todo en el teatro, permitió, mediante una pequeña trampa cronológica, que se fundieran en una las partituras musicales de las dos obras cumbres del género "chico español", dos joyas líricas que al cabo de más de medio siglo, aún se disputan las preferencias de los aficionados de mejor paladar. También en el tercer cuadro del espectáculo, se cantan dos cuplés de la época: "La violetera" y "Flor de té". (Este último se ha eliminado en la versión que se ofrece actualmente). Ambos contribuyen a dar carácter y encanto popular a la última parte de una obra que Bretón dejó en manos del libretista sin escribir para ella una sola nota musical. Y para que no faltara el poeta, se eligió al mejor de todos: al Pueblo Español que vierte su inspiración magnífica en unas coplas serranas que recopiló Antonio Machado y Álvarez, "el iniciador de los estudios folklóricos en España" y que dicen nuestros actores". Estas innovaciones tuvieron su correspondiente eco en la crítica.

Cuando salgo en el entreacto a tomar un refresco, el robusto y colorado hombrón que



Los decorados de Pedro Alonso recrean rriadas del Ma.

me alcanza la bebida helada canta para sí: "Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid". Me sonrío. Entonces me aclara: "Toda la noche aquí. No es difícil aprender esa linda tonada".

Cuando los músicos vuelven a sus atriles, de nuevo "don Hilarión" corteja a la "Susana" y a la "Casta" ante los desmanes verbales de la "señá" Rita que en la voz y figura de la actriz María Angélica Ortiz, provoca hilarantes reacciones en la platea. Un detalle importante de esta verbena



WAGNER MAUTONE y OSCAR PEDEMONTI hacen saltar de risa a los espectadores con sus dos guardiaciviles, que evocan los inefables vigilantes de las "Keystone Comedies".



El público montevideano de 1960 justifica con su presencia la puesta en escena

ESTRELLAS



...vera el colorido de las ba-
nijas.

es que aún los más pequeños han sido encomendados a talentos medianos de la Comedia Nacional. Y si es un lujo escuchar las voces ensayadas de la lírica nacional, el trío que forman Juan Verón, Rafael Quartino y Ema López (quien cargo en 1947 del mismo papel de la tabernera en una versión de la que dirigió un maestro del género es indudablemente Pablo Zorzo, tuvo un resonante triunfo) no es

menor el regocijo del público ante las verdaderas creaciones que logran con simples bocadillos Oscar Pedemonti y Walter Mautone, en dos guardiaciviles, que son un impacto de hilaridad, tan y tan cómicos, como aquellos inefables vigilantes de las inolvidables "Keystone Comedies". Otro tanto cabe decir de la participación de Telma Biral animando a una chiquilla de pueblo con un encanto tan particular que el espectador llega a lamentar que su participación sea apenas la mínima. Ya en otro plano de mayor responsabilidad, hay que ver el "Tabernero" de Jorge Triador, compuesto en el exacto tono madrileño y con un gra- cejo que cautiva.

Y por supuesto, que estando los personajes de "Susana" y "Casta" a cargo de Estela Castro y Cristina Lagorio, dos valiosos elementos del elenco oficial, ¿a quién le importa demasiado que tan garbosas chulapas puestas allí para dar vida cimbreante a sendos mantones de Manila de florido esmalte, no constituyan serias rivales para la Callas? Por que lo cierto es que ha habido algunos observadores injustos para estas dos excelentes actrices que llegan por primera vez al campo de la zarzuela y en base a un serio esfuerzo personal salvan dignamente un árido compromiso.

Que en un espectáculo de teatro cantado pueden pasarse por alto ciertas limitaciones vocales, observando un discreto margen de tolerancia a quienes hacen un superior esfuerzo, es algo que quedó demostrado en "Caracol col col" y en "Todos en París conocen". ¿Si fuimos comprensivos entonces, por qué cargar las tintas de las exigencias ahora? Y ni qué hablar de la piadosa tolerancia crítica habida para quienes tuvieron a su cargo la participación cantable en algunas obras de Brecht puestas en nuestro medio. Sin embargo, esa juiciosa actitud de la crítica se tornó en una severidad extemporánea al juzgar la intervención de algunas intérpretes de "La verbena de la Paloma" demostrando en tales apreciaciones un sentido evidentemente negativo. ¿Por qué juzgar con distinto rigor a quienes entonan las canciones de Kurt Weill y a quienes hacen el mismo meritorio esfuerzo con las de Bretón?

Pero dejemos de lado estas reflexiones y volvamos a la fresca puesta en escena de "La verbena de la Paloma", que sin duda hay que ver, y que hoy en un escenario montevideano sigue teniendo la misma vigencia popular con que nació en Madrid hace alrededor de seis décadas.

Para comprobarlo, no hay más que asistir a una de las representaciones del Parque Rivera cuyo escenario se ilumina en la noche con faroles de fiestas aldeanas para recibir uno de los eventos populares del



Policromado garbo de la actriz ESTELA CASTRO al personaje de la "Susana" apuntalado vocalmente por el registro hermoso de RAFAEL QUARTINO en el papel de "Julián".

"genero chico" español. La riqueza plástica del cuadro se impone. Un ambiente donde lo que más importa, es el rincón de la plaza, el corral florido, el ángulo de la botica del pueblo, el cielo tachonado de estrellas, el ingenuo tema sainetesco de todo el asunto, plácido, alegre, aireado de suspiros de amor. La resabida cancioncilla: "¿Dónde vas con matón de Manila / Dónde vas con vestido chiné?" o la expresión de la "señá Rita" al galán desdeñado: "Julián, que tiés madre", indican mejor que nada el tono gracioso y señalan el ambiente popular que quiere proporcionarnos la famosa zarzuela del maestro Bretón.

"Vamos a la Verbena", parece ser estas noches la amable invitación entre los afi-

cionados montevideanos, que quieren darle momentáneamente la espalda a las preocupaciones y sonreír amablemente durante una hora y media en un mundo que ya no cree en la ingenuidad y en el optimismo. Difícil sustraerse a la fascinación de llevar un poco de gracia ligera y espumosa alegría al corazón atribulado de los hombres. Es una oportunidad que existe, a pesar de que muchos airados censores no la han querido reconocer.

J. R. CRAVEA.

Fotos de NAPOLI.

(Especial para EL DIA).



Verbena de la Paloma" por la CTM.



En plena verbena, la puesta en escena del tercer cuadro es el de logros plásticos más acertados.



Sarito Domingo.



Casa de las Torres.

CUANDO aquel inmenso poeta don Antonio Machado fue catedrático en la noble ciudad de Baeza, anduvo muchas tardes por el camino que une esta hermosa perla andaluza, con la no menos bellísima ciudad de Úbeda. Y de aquellos paseos bajo un cielo con la luz rosa más extraordinaria que ver-se puede, quedaron unos poemas que se leen y releen con fruición. Porque se trata

POR LAS VIEJAS TIERRAS DE ESPAÑA ÚBEDA



de un paseo entre olivares (¡ay los olivos de Jaén!) que no hay quien olvide jamás, y se trata de una luz rosa, —no rosada— que los ojos quedan, para eterno, deslumbrados suyos.

En Úbeda vivió sus últimos días el poeta San Juan de la Cruz. Y como hubo que llevárselo hacia su tierra de origen, y este entierro clandestino se hizo de noche, dicen que lo vio don Quijote cuando andaba por el mundo de sus empeños en Sierra Morena. Y nada de extraño tiene la cosa si se piensa que Cervantes, alcahalero en Andalucía, pudo saber de todo aquello mejor que nadie.

En La Carolina, que tanto tiene de la buena historia del siglo XVIII con sus aires de colonización peninsular ibérica, se venera la ermita y el pozo que, antes de trasladarse a Úbeda, sirvieron a San Juan de la Cruz para sus oraciones y meditaciones. Es, pues, toda esa inolvidable tierra de Jaén, —tan hermosa y tan florida de olivares—, añoranza del poeta y del Santo que tuvo a Santa Teresa por su mejor amiga del alma.

Don Antonio Machado recorrió todos esos lugares, y de ellos sacó la más pura belleza para su obra lírica. Cuando se visita Baeza —ya la madreselva del jardín del Instituto es sólo un versol—, pieza renacentista sin posible rectificación; y se acude a la inmediata Úbeda, tan anclada como aquélla en el Renacimiento, se tiene la sensación de que el tiempo se ha quedado fuera de allí; ni siquiera en los campos: más allá, muy lejos, en donde nada tiene que ver don Quijote, ni que rezar San Juan de la Cruz ni que mirar, recordando, Machado.

Arquitecturas ejemplares, linajudos edificios que albergaron historia de la buena, de la constructiva; templos cargados de riqueza ornamental y de seculares rezos; campos y campos con olor de gloria... Todo eso, y más que ya no cabe en la pobre palabra del que evoca, puede gozarse

con sólo caminar, derivando unos kilómetros, por la carretera de Andalucía. Un alto en Bailén, —redoble de batallas ganadas con honra al enemigo—, y luego, ir bajo la luz rosa, bajo la luz de ensueño celeste que cubre como un manto al que va de Baeza a Úbeda.

Es fácil saber fechas, acontecimientos: basta con acudir a los textos que tienen la misión de informar. Por eso yo no añado a mis pocas palabras de amor, eso que está en las páginas accesibles. Yo, como siempre, lo único que hago es decirlos que se puede ser muy feliz en un sitio español como este que os nombro, yendo al amparo de la poesía de Machado, de la gloria de la evocación del que confesó a la Santa de Ávila, y cuyo entierro —es muy conocida la disputa entre las ciudades que le vieron nacer y morir— entreviera el hidalgo manchego una noche cerrada, con olor de aceite en diminutos pomos propicios a la mano, sobre los campos redondos (colinas y colinas como senos de adolescente) de la provincia maravillosa de Jaén.

Carmen CONDE.

Madrid, 1960.

(Especial para EL DIA).



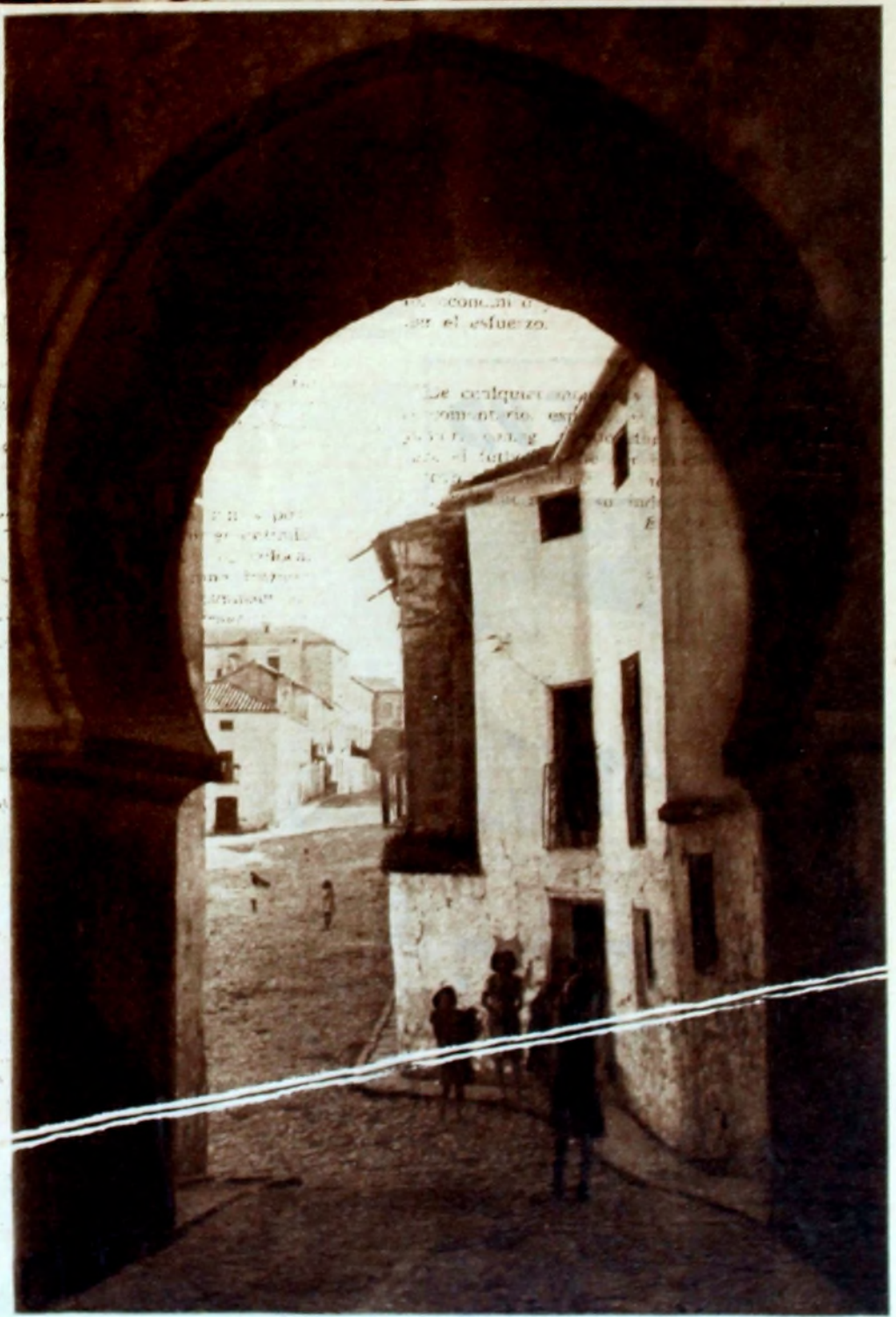
Vista parcial de Úbeda.



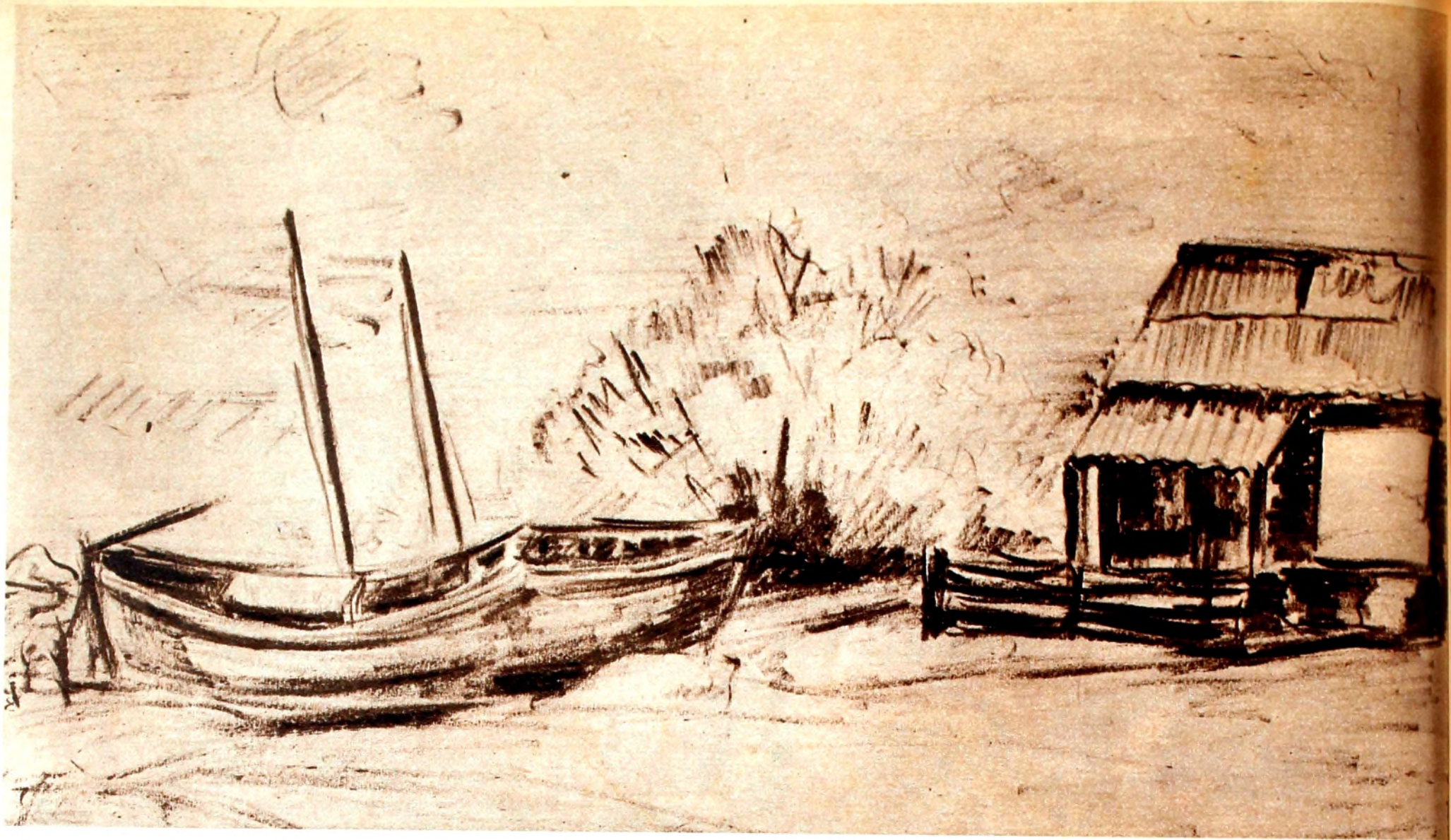
Hospital de Santiago. (Monumento Nacional).



El Salvador y Parador del Condestable Dávalos.



Puerta árabe del Rosal.



Dibujos de Moller de Berg

C A B O P O L O N I O

Península formada por enormes rocas oscuras que se hunden en el mar hacia el Sur y el Este, y un desierto arenoso hacia

el Norte y el Oeste. A poca distancia de la costa, hay dos islotes con miles de lobos. Sus gritos y el viento acompañan a los escasos habitantes de este faro-radio. Su población la componen el personal del SOYP

y los loberos, más algunos pescadores diseminados en los rancheríos inmediatos. El faro, motivo central del paisaje, cobra distintos aspectos según sea la luz que lo ilumine, y el fondo de mar, o de cielo, o de

tierra, que lo respalde y sobre el que recorta su esbelta silueta. Al amanecer, las barcas pescadoras del casón, salen mar adentro, hasta hora y media de navegación. (Dibujos de Moller de Berg).

RECUERDE UD.

MODERNOS PLACARES!!
PARA COCINAS

ADAPTABLES A CUALQUIER
TIPO DE PULITAS NACIONALES
Y EXTRANJERAS

Marca
"JISSA"

ELEGANTE Y
FINA TERMINACION

EN VENTA EN
LAS BUENAS
CASAS DEL
RAMO

ES OTRO PRODUCTO DE:
Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA
YTU 1824 - TELEFONO 500761

Sea propietario en MONTERREY

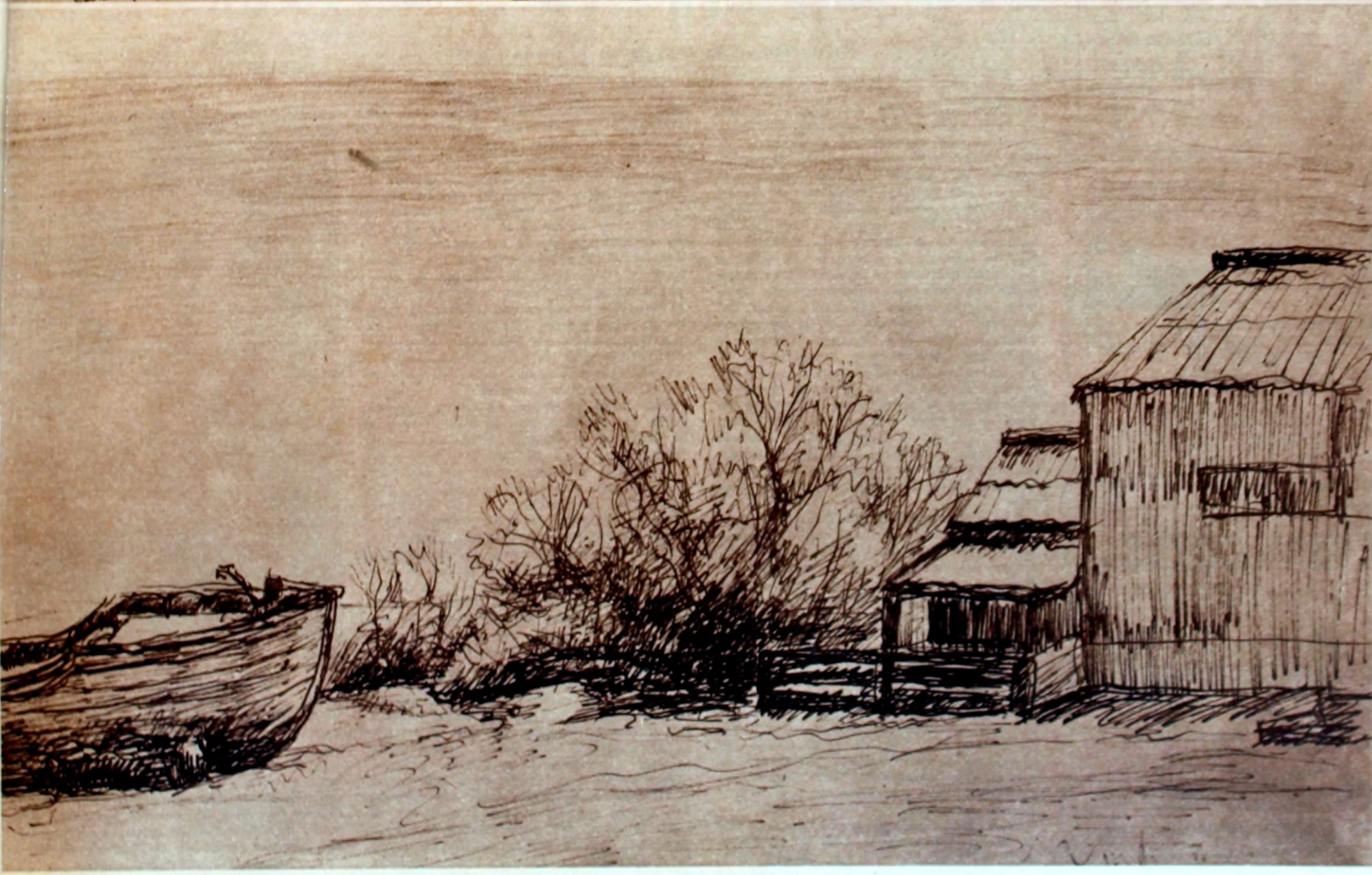
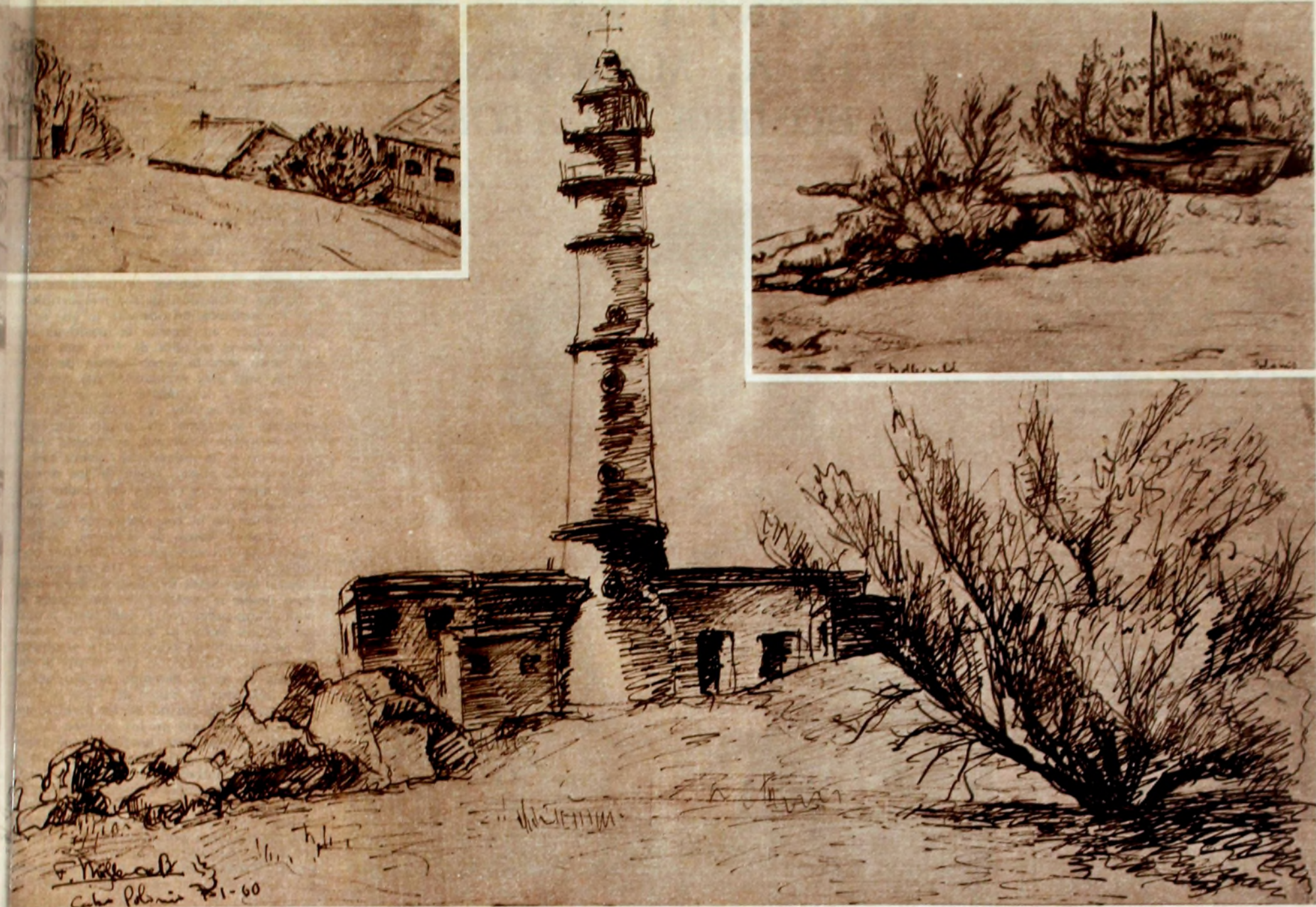
- Cno. Carrasco (antes del Parque)
- Omnibus cada 10 minutos
- Luz. Pavimento. Agua

GRATIS 5.000 LADRILLOS
DE PRENSA

INFORMES
DAR S.A.

25 de Mayo 470
Enc. 16 P. 2
(DE MAÑANA)





EN junio de 1869 nació en Ambato el hombre del camino esforzado, del arte vernáculo y de la novela ecuatorial; el ascensionista, el explorador de los paisajes de nuestra naturaleza de contrastes y de perspectivas. Luis A. Martínez amó a la tierra, con amor de pecho varonil, entusiasmado y recio, que aminora en épocas de complacencia disimulada o invitaciones al falso denuedo. La gran novela cuyos originales, según acertadas referencias, fueron equivocadamente al fuego, se llamaba La Tierra. Allí estaría la pasión de su breve vida, hecha sin embargo de raíces maduras, cuajada en frutos que no dejaban adivinar pintas agraces, y llena, no obstante, como en la paradoja ejemplar de las existencias que han querido remover, sembrar, crear, de los flancos y de las aristas que muestran la parábola de lo trunco. "Tengo cuarenta años y he vivido ya sesenta como la mayoría de los mortales, —escribió en su concisa autobiografía de la víspera del viaje—. Lo he sido todo, desde peón y jardinero, hasta gerente de grandes explotaciones agrícolas e industriales; desde Teniente Político de la más miserable parroquia, hasta Ministro de Estado; cazador, ascensionista, pintor, escritor..."

En Luis A. Martínez se cumplió, y con más acusada urgencia por su talento lúcido y sus inquietudes volcánicas, el destino del hombre ecuatorial que sirve para todo a trueque de quedar, al fin, desaprovechado, y tanto más distante cuanto más alto es su anhelo de mejoramiento y más pura su empresa de renovaciones. Así se planteó la reforma de la educación pública; el cultivo del agro; el realismo de la novela; la na-

NOVENTA AÑOS DE LUIS A. MARTINEZ, EL HOMBRE ECUATORIAL



Luis A. Martínez, en 1909, año de su muerte.

la vereda ambateña, verdeante y frutal, que le condujo a su fiesta del corazón, a su pascua del amor, en los jardines de Atocha. Iria, más tarde, a ver cómo batían los remos de los cóndores sobre las nieves del picacho, y a otear, como con catalejo, la vasta selva oriental en la que las arterias de los ríos circulaban como cristalinas serpientes... Escribiría los artículos de costumbres, el catecismo de agricultura, la novela precursora, los episodios de aquel libro mayor en donde alcanzó a decir la prieta verdad de la tierra, cuna y lecho del hombre; trazaría las medidas del agrónomo; las geométricas líneas del jardinero... Después, en etapas de reacción y desencanto, iban cayendo las cepas del árbol del corazón. Y aun cuando no quería morir, apuntaba, con sonrisa de filosóficas certezas, que todos morirán por irreductible ley de acabamiento, no obstante lo que se quisiera dejar, en legado de positivas construcciones o en obra de arte, aun cuando no tanto para la supervivencia de la memoria, más para satisfacción del deber que se cumple y del tránsito que se llena con las mejores señales del hombre. El suyo quedaba satisfecho en amplia dación de fervores y de esfuerzos; en tributo varonil de luchas y de resistencias. Deber casi heroico por la misma razón de los despojos de la nave; de la ruptura del azadón en las entrañas de la tierra; de la quema del libro mejor; de la congelación de los pinceles sobre el lienzo de la nieve... En el cuadro de Villacres aparece Martínez en su taller en las postrimerías. Un ambiente neblinoso llega hasta su estancia, desprendiéndose desde la estatua de azul opaco del viejo Tungurahua con el cual fuera a dialogar en sus horas de ambición de cumbre. Se ha quedado un tanto solo, y el objetivo subjetiviza, hallando un eco de sus propias tristeza en el ya detenido molino que no sabe despertar el canto del agua y sobre cuya techumbre ya no se ve ni el aletear del mirlo. Allí está en los propios días en los cuales figuraba con los pinceles el túmulo apenas elevado en la flor de tierra de su panteón de Ambato, bajo el moral que le dieron sus contreríos, rindiéndose a la voluntad del noble artista. Allí, en su retrato, al lado de su perro *Derrepente*, que parece olfatear los óleos ecuatoriales de su paleta; allí, como distendiendo la memoria por los sitios y los lugares, hecho de los sinsabores del combate de la vida, pero también de la sabiduría de la conformidad.

Augusto ARTAS.

Quito, junio de 1959.

(Especial para EL DIA).

RECUERDE U.D.

El Hogar



LA SUPER CERA

QUE LIMPIA
DA COLOR
ENCERA Y
DESINFECTA
SUS PISOS.

CLINICA
DENTAL
YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguaron 1533

(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU

ARSA - JOYAS

YA ABRIÓ EN PIRIAPOLIS



Para regalos finos, en alhajas
y relojes de calidad.

VISITE ARSA - JOYAS

Piriapolis: R. de los Argentinos 1194
Agencia Oficial "Omega"

CASA CENTRAL: CIUADELA 1397

turalidad convincente del arte; el avance por las veredas abiertas en la roca para descubrir los secretos de la montaña... Todo lo advierte en ágil prueba de capacidades y para medir la tierra, —siempre la tierra—, de su viaje hacia los campos del litoral, de su estada al frente de un Ingenio de El Milagro, surgen los capítulos de su novela "A la Costa", en los cuales no han de consagrarse solamente las virtudes del relato precursor y las admirables pinceladas del panorama ecuatoriano, sino también la gran verdad del medio pobre, del naufragio del burócrata y de la menguada suerte de la política lugareña. Delación y alerta que aparecen en el amanecer del siglo, sobre un paisaje de tonos ciertos, de cuadros pintados a lo vivo, en donde la geografía de la sierra y de la costa se relieves en su física vida, en el auténtico color de la floresta; en las parcelas serranas que muestran alterna sinfonía en verde, en la quemazón rojiza del páramo; en la oceánica hipocresía de los parajes litorales...

En antes sonriera frente al gracejo de la costumbre, cuando en sus años moceriles iba a campo traviesa por los aledaños de Tungurahua y fijaba en el cuaderno, sin prisa de revelar o de asombrar, el dibujo de los típicos personajes y de sus caracteres, erigiéndose en uno de los primeros articulistas de ese tan difícil como sugestivo género, y hasta, de estudiante, entrárase por los latines de una oda de Horacio, para traducirla o parafrasearla. Pero sin querer ser el humanista o el docto espíritu que busca disciplina al pensamiento y al estilo, y aparte del fruto rápido y a veces colmado de sus ejercicios de escritor, quedase como uno de los ejemplos más completos del fecundo desasosiego, del desprendido gusto de suscitar y remover, de la gran promesa de construir.

Como en constante acción despejadora, marcha la existencia de Luis A. Martínez, destinada a quebrarse a los cuarenta años.

Así va desde la rutina de la tenencia política de un pueblo andino que trata de agitar con brisa nueva y revoltosa, hasta el Ministerio de Educación Pública en donde promueve la reforma, funda la Escuela de Bellas Artes y adelanta el practicismo de la enseñanza. Y así desde sus observaciones de la tierra en donde le apasiona el saber de la Botánica, desde los nimios cuidados del jardinero y la ciencia de los injertos, hasta el Ingenio de El Milagro en cuyos pantanos se pasa largas horas para dirigir el trabajo y organizar una producción millonaria, a cambio del mal de la neuritis cuyos síntomas refiere con exactitud de médico, al describir los padecimientos del protagonista de su novela, una de las primeras en el realismo de América... Y así prosigue, desde un cargo de Obras Públicas, hasta el planteamiento de una línea para el ferrocarril al Curaray, proyecto que será destruido en su comienzo.

Atahualpa Villacres, pintor de sangre ambateña, logró en un grande lienzo el retrato de Luis A. Martínez, en sus penúltimas horas, aproximándole a su parecido físico como a la interpretación de su temperamento. Allí está el hombre de la hora cívica, destinada, fatalmente, a ser la del término. Por su realismo, por su amor a las dimensiones de la tierra, por su plástico sentido, una de las mejores expresiones de su actitud es la del pintor serraniego frente al laboratorio de su caballete. Porque Martínez, sin maestros, sin escuela, sin visión de museos, entendió el espectáculo de la Naturaleza y fijó en sus cuadros el ambiente de alto Ande; la soledad eterna del páramo, la ventisca del nevado. Allí está, en el lienzo de Villacres, como en la síntesis de su regreso, a la postre de su camino tan zozobante como fecundo. Ha dado a la patria su energía varía y poderosa. Ha contado con arribos prontos y casi afortunados, al lado, también, del quebrantamiento de la esperanza, de los encuentros hostiles o las horas indiferentes. En otro tiempo pintara



Emma M. de Amor. Su rostro refleja la sublime suavidad de su espíritu. Se ha cumplido, mamita, el día 3 pasado, tres años de la siempre llorada ausencia física de tan querida y distinguida dama. Latente hoy su hermoso recuerdo de profundo amor y ternura en el corazón de su amado esposo, hijos y nieta, y la admirada simpatía reverente de quienes la conocieron. Por tal motivo se cumplió un sincero homenaje de cariño depositándose en solemne ceremonia una ofrenda floral en el Panteón Militar donde descansan sus restos.

Tarzan

EDGAR RICE BURROUGHS

TARZAN INSPECCIONA CON CUIDA-
DO LA EXPEDICIÓN QUE IBA RÍO
ABAJA, ASÍ LOS EXTRANJEROS
NO SOSPECHABAN SU PRESEN-
CIA.



UD. TARZÁN DECIDIRÁ SI NOS
APROXIMAMOS.

EN EL CANON DEL RÍO, TARZÁN
SE VOLVIÓ TAN CAUTELOSO
COMO UNA PANTERA.



ECHÉMOSE UNA OJEADA
A SU LANCHÁ. ESTAN DE-
MASIADOS OCUPADOS PA-
RA ADVERTIRLO.

TAL VEZ UD. PUEDA PER-
SUADIRLOS DE IR RÍO
ABAJA... SI CREE QUE
PUEDA CONFIARSE EN
ELLOS.



ME GUSTARÍA VER QUE
CLASE DE RADIO TIE-
NEN.

NO CABALLEROS! SI APRIETO UN
POQUITO MI DEDO UD. MORIRÁ!



BILL
ELLIOT
JOHN
CELARDO

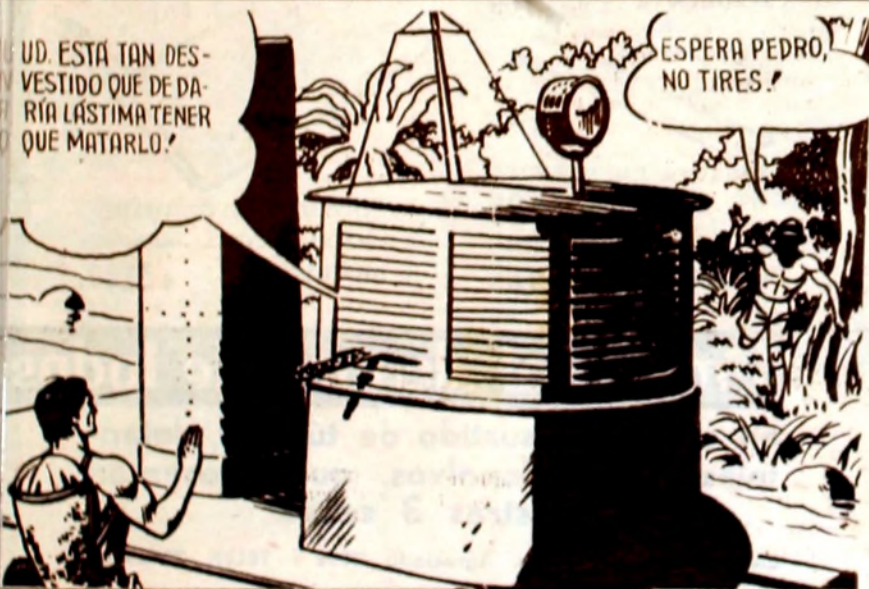
ME GUSTARÍA VER LOS
OJOS DEL QUE ME APUN-
TA.



Toot
Toot

ES MEJOR QUE MIS
OJOS LO VEAN A TRAVÉS
DEL RIFLE, QUÉDESE
QUIETO!

UD. ESTÁ TAN DES-
VESTIDO QUE DE DA-
RÍA LÁSTIMA TENER
QUE MATARLO!



ESPERA PEDRO,
NO TIRES!

SOLAMENTE ADMIRABA
SU BARCO. YO SOY TAR-
ZÁN. QUIEN ES ESE QUE
SE ESCONDE MIENTRAS
APUNTA?



BOB, DICE QUE ES
TARZÁN!

CHÓQUELA TARZÁN,
YO SOY BOB ROBERTS,
CONSUL DE EE. UU.
EN MOMBUZZI. UD. ES
EL ÚNICO HOMBRE
DE AFRICA QUE PUE-
DE SER NOS ÚTILES.
MI ASISTENTE, TOM
JONES.

SUBA A BORDO, TARZÁN! TENE-
MOS PLANES DE ARREGLAR EL
INTERIOR PARA UD. PARA QUE
NOS CONDUZCA A LA VILLA DEL
BRUJO, Y LUEGO ADIÓS!



¿TIENE CALOR?
TODDY
FRIO



UNA
COMIDA
EN CADA
VASO

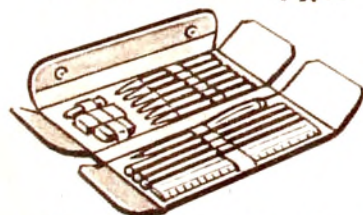
comienzo brillante del año escolar

con útiles de las 3 avenidas y

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.



Juego imitación Parker
importado, Lapicero
\$ 8.50, Lápiz \$ 7.50



Estuche de cuero, con
útiles muy completo,
varios colores \$ 9.00



Block de apunte, 180
hojas \$ 2.80



Carpeta para hojas, me-
dida 25 x 35 \$ 1.00



Hojas para dibujo, do-
cena \$ 0.52

Hojas Tabaré una y
doble raya, doc. \$ 0.60



Cuaderno de una raya,
24 hojas \$ 0.60

Cuaderno de música, 20
hojas \$ 2.00



Gomas de borrar, dos
banderas \$ 0.40

Lápiz mecánico impor-
tado \$ 4.50

Completo surtido de
sacapuntas desde \$ 0.60



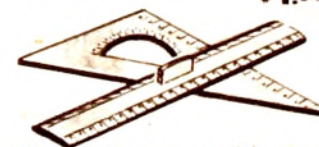
Tintero involucable en
plástico, colores va-
rios \$ 1.35

Goma para pegar \$ 0.45



50 hojas papel glacé,
colores surtidos, medi-
da 12 x 12 \$ 1.25

Pomos de pasta blan-
ca adhesiva \$ 1.00



Escuadra en plástico
\$ 0.95

Regla plástica, largo
20 cms. \$ 0.65



Cuaderno de dibujo, 6
hojas \$ 0.52

Acuarelas importadas,
desde \$ 5.50



Portafolio en cuero imi-
tación pecarí, amplia
medida \$ 31.80

Precios al alcance de todos

en el amplio surtido de túnicas, delan-
tales y guardapolvos, que presentan
nuestras 3 casas.

CASA MATRIZ - Avda. Agraciada 2302 - TELEF. 20 09 61

SUC. GOES - Avda. Gral. Flores 2341 - TELEF. 2 42 00
2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON - Avda. 18 de Julio 1601 - TELEF. 40 41 11

CLIENTES DEL INTERIOR - Dirijan vuestros pedidos a nuestra
CASA MATRIZ - Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

Para facilitar sus compras, nuestras 3 casas permanecen abiertas
durante 10 hs. al día en horario continuado de 9 a 19 hs.

NUESTRAS CASAS PERMANECEN
ABIERTAS
DURANTE LA SEMANA DE TURISMO